

Ende, Michael. (1994) Carpeta de apuntes. Madrid, Santillana.

PENSAMIENTOS DE UN INDÍGENA CENTROEUROPEO

Érase una vez un pobre niño que no tenía padre ni madre, todos se habían muerto y ya no quedaba nadie en el mundo. Se habían muerto todos. Y él fue y se puso a llorar día y noche. Y como ya no había nadie en la tierra, quiso ir al cielo, y la luna le miraba tan risueña, y cuando por fin llegó a la luna, era un trozo de madera podrida, y entonces se fue al sol, y cuando llegó al sol, era un girasol seco, y cuando llegó a las estrellas eran mosquitos de oro pequeñitos, que estaban prendidos como los prende el alfaneque en el endrino, y cuando quiso volver a la tierra, la tierra era una olla del revés, y estaba completamente solo, y entonces se sentó y empezó a llorar y todavía sigue sentado, y está completamente solo.

(Büchner, Woyzeck)

No lleva a ninguna parte negar mi origen: soy un ser primitivo originario de una reserva centroeuropea. Por mucho que me esfuerce en disimular, todo habitante, científicamente ilustrado, del gran desierto de la civilización exterior me reconocería al momento. Son determinados ademanes, un determinado deje de voz, parece que también una determinada manera de guardar silencio, lo que nos traiciona. Así que prefiero confesarlo en seguida.

La reserva de la que provengo se llama «literatura infantil». Forma parte de las reservas toleradas con sonrisa de conmisericordia por los habitantes del desierto de la civilización, e incluso mimadas por ciertas *asociaciones-good-doer*, pero en el fondo despreciadas por todos: como, por lo demás, casi todo lo que tiene que ver con los niños. Así que, en comparación, no estamos nada mal. De vez en cuando, eso es cierto, entre los habitantes del desierto de la civilización se pone de moda el ocuparse de nosotros, y entonces masas de celosos misioneros recorren nuestros bosques y praderas, levantan planos de nuestras tierras y nos amonestan, bondadosa o enérgicamente, a someternos por fin a la Ilustración científica, única salvadora, y a no contar en lo sucesivo sino historias realistas, socialmente relevantes, de crítica social o, al menos, con valor emancipatorio. Nosotros, claro, prometemos todo lo que quieren, nos inclinamos también reverentemente, como ellos exigen, en dirección a los cuatro puntos cardinales que para ellos se llaman Marx, Freud, Einstein y Darwin. Ellos, entonces, se marchan contentísimos. De eso hace ya algún tiempo, y en el ínterin nos dejan relativamente en paz.

Hay, sin embargo, en nuestra reserva un enclave especial odiado ferozmente por esos misioneros, porque hasta los de mejor voluntad han perdido la esperanza de desterrar de tal enclave el espíritu de las tinieblas. Ese enclave se llama «el libro infantil fantástico». Se trata de una región en la que, por así decir, se juntan dos reservas diferentes, a saber, la de esa literatura «intocable» ya descrita, y la de la literatura fantástica, que, en su conjunto, es considerada como de evasión y por tanto carente de valor, pero que de todos modos se toma en consideración como ejemplar curioso, en la medida en que, conforme a lo que se espera, adopta una actitud enfermiza, escandalosa o por lo menos obscena. El cruce de ambas reservas no sólo acumula los correspondientes efectos de tabú, sino que los multiplica. Cuando el buen misionero ha dado su beneplácito al libro infantil realista, por ser instructivo o pedagógicamente valioso, ante el libro infantil fantástico, por lo general, se queda con la boca abierta. No encuentra normas, criterios que le puedan servir de punto de referencia para su mensaje salvador. Nadie se asombrará de que

tal hecho, en general, no redunde en beneficio de los libros. En todo caso, sólo los más libres de prejuicios entre los conformadores de la opinión pública se atreven a adentrarse en esa zona. No se dejan vencer por privaciones y fatigas, no se desaniman y, con admirable empeño, buscan y buscan por si al final se pudiese sacar a la luz, con ayuda de la interpretación, algo científicamente aprovechable. ¡El gran Galimatías los bendiga por ello!

Ese enclave de nuestra reserva es, pues, mi lugar de origen. De una persona que, sin avergonzarse, admite cosas tan penosas, se espera por parte de la gente civilizada que al menos añada: ¡Y estoy orgulloso de ello! (Más o menos conforme a la fórmula de Tucholsky: Estoy orgulloso de ser judío. Si no estoy orgulloso, sigo siendo judío. Así que más vale estar orgulloso en seguida.)

No, yo no estoy orgulloso de ello. No estoy orgulloso por la sencilla razón de que todas esas clasificaciones en literatura infantil y literatura para adultos, literatura fantástica y literatura realista, literatura para amas de casa católicas y literatura para ciclistas zurdos, es una estupidez de tal calibre que los indígenas tenemos que beber mucha agua de fuego para poder creer que los habitantes del desierto de la civilización están realmente en sus cabales.

Ahora bien: hace poco algunos de mi tribu y yo hemos conseguido abrir las fronteras de nuestra reserva, llamarla atención del auténtico mundo literario, poner en un cierto desorden sus criterios e incluso situarnos en la lista de best-sellers. Estoy viendo con mi mirada interior las cejas arqueadas de las personas benévolas y cómo asienten con la cabeza pareciendo preguntar: ¿no te dije?

No: tampoco estoy orgulloso de eso. Tales cosas nos suceden a veces a los indígenas sin ninguna intención por nuestra parte. ¿Cómo vamos a estar orgullosos de que nos aplauda un mundo que es inhabitable para nosotros? Tales éxitos demuestran únicamente que el desierto de la civilización también parece volverse poco a poco inhabitable para un número cada vez mayor de los que lo habitan. Muchos de aquellos a quienes la Ilustración científica les ha ido agotando los manantiales de la vida sienten, pura y simplemente, una sed desesperada de lo maravilloso. En su mundo aséptico y funcional se les ha hecho desaparecer, a base de raciocinio, lo maravilloso, o bien, caso de que eso no se haya conseguido del todo, se les ha prometido hacerlo desaparecer definitivamente dentro de muy poco. En nuestra reserva, amenazada por todas partes por apisonadoras, productos químicos y medidas de racionalización, siguen brotando algunos manantiales. Por eso vienen a ella los sedientos. Pero el hecho de que tengan sed no es para nosotros motivo de orgullo.

Me han contado que hace poco, en las fronteras de todas las reservas parecidas a la nuestra, se han colocado grandes letreros que advierten: «¡Cuidado! ¡Aquí empieza el terreno de lo irracional! ¡Peligro de muerte! ¡Prohibido el paso!».

Nosotros, ingenuos indígenas, nos preguntamos en vano lo que eso querrá decir. Lo que en el desierto de la civilización significa racionalidad e Ilustración científica nos parece que ha tenido el efecto contrario de lo que la razón y la lealtad exigen a toda persona cabal. Vemos que esas personas, con su Ilustración científica, envenenan el cielo, la tierra y las aguas. Vemos que se destruyen a sí mismos física y psíquicamente. Vemos que la cima de sus conocimientos ha consistido en crear una bomba con la que se puede destruir la vida de la tierra no sólo una, sino muchas veces. Si esos resultados de su racionalidad no les infunden miedo ¿por qué tienen tanto

miedo de nuestra irracionalidad? Ellos, sin embargo, no tienen miedo de su racionalidad, al contrario, están incluso orgullosos de ella. ¿Están mal de la cabeza?

Los misioneros del desierto de la civilización nos dicen que todas esas cosas horribles de ninguna manera hablan en contra de la Ilustración científica, pues sólo se trata de la falsa aplicación de unos conocimientos que, en sí, son exactos. Nosotros, en cambio, nos preguntamos cuánto tiempo ha de pasar aún para que comprendan por fin que no se trata de hacer un uso diferente de sus conocimientos, sino de aspirar a otro género de conocimientos. Lo que ellos llaman racionalidad, por lo visto, los ha cegado. ¿Es posible que no vean de verdad que la muerte está agazapada desde el comienzo en esa manera de pensar y que ahora va saliendo poco a poco a la luz? ¿Es posible que crean de verdad que un pensar muerto y mortal, con sólo aplicarlo como debe ser, está al servicio de la vida?

Lejos de mí, bien sabe Dios, hacer ahora, por así decir, de misionero contrario, pero para quienes tengan interés, trataré de explicar más exactamente lo que he querido decir. Para ello tengo que contar un poco cómo y por qué surgió la reserva de la que provengo.

En el desierto de la civilización se suele contar una historia al respecto absolutamente falsa. Dicen allí -y así se lee en todos los trabajos que ellos escriben sobre el tema- que la literatura infantil y juvenil surgió debido al creciente interés que la humanidad moderna y civilizada siente por el niño y sus necesidades. Eso es, si acaso, un eufemismo, o mejor dicho, es el anverso, primorosamente pulimentado, de una moneda cuyo reverso presenta un aspecto muchísimo menos placentero.

¿Cuándo surgió la necesidad de crearles a los niños un mundo propio, y, por tanto, también una literatura propia? En otras civilizaciones -suponiendo que no hayan caído ya bajo la influencia de la Ilustración científica-, niños y adultos viven en un mundo común. En la Europa de antes también era así. ¿Cuándo y por qué se dividió ese mundo en dos partes?

Los inicios de lo que hoy llamamos literatura infantil se sitúan en los comienzos del siglo XIX. Antes existían los cuentos, pero éstos de ninguna manera eran «sólo para niños». En el desierto de la civilización se supone que el pueblo se había inventado esas historias fabulosas porque era ignorante e ingenuo. En nuestra reserva estamos más enterados: el pueblo no se inventa esas historias, sino que solamente las cuenta, cuidadosa y exactamente, con las mismas palabras. Los autores anónimos de los cuentos eran en realidad hombres sabios que sabían muy bien, hasta en el menor detalle, lo que decían. También había leyendas de santos y relatos bíblicos, había viejos sistemas mágicos de correspondencia, en los que todo se correspondía con todo, existía la alquimia, la astrología y el universo de los mitos. Aquel mundo era igualmente habitable para adultos y para niños, las diferencias consistían únicamente en el grado de saber y de sabiduría.

Todo cambió con el comienzo de la modernidad. Por aquellos tiempos, el moderno intelectualismo empezó a desbancar en todos los campos a la vieja espiritualidad de Europa. En sus distintas manifestaciones -las ciencias «objetivas» de la naturaleza, con su posterior aditamento de técnica e industria por un lado, y unas ciencias del espíritu y una teología que se diluyen cada vez más para transformarse en secas abstracciones, por otro- extirpó con fogoso celo los últimos restos de las imágenes antropomórficas, o sea, afines al hombre, que aún existían del universo. En el siglo XIX su triunfo fue total: la imagen del mundo se había vuelto literalmente inhumana.

A partir de entonces, el cosmos sólo se veía como una maquinaria, impasible y vacía, que funciona según un número limitado de leyes físicas. Nuestro sistema planetario, insensible nubecilla de polvo al margen de la galaxia, se desprendió un día casualmente de una gigantesca nebulosa de hidrógeno y seguirá rodando hasta que en algún momento sucumba al calor o al frío. En el cósmico silencio de cementerio que vendrá después, toda la historia de la humanidad, con sus civilizaciones, religiones, luchas y penalidades no habrá sido otra cosa que un apenas perceptible, absurdo y diminuto *intermezzo* en una imprevisible serie de formidables pero igualmente absurdos acontecimientos.

¿Y el hombre como tal? Un pequeño grumo de albúmina, bajo la influencia de radiaciones cósmicas, había empezado casualmente a multiplicarse, el ser vivo más fuerte y mejor adaptado devoraba cada vez a los otros, alcanzando así un estadio más y más elevado de la evolución, hasta que finalmente, pasando por formas previas del género de los anfibios y los simios, se llegó mendelianamente a la cumbre de la selección natural: ¡el profesor universitario! Y lo que hasta entonces había sido considerado erróneamente como el alma humana, con todos sus ideales de libertad, inteligencia, responsabilidad, amor, fuerza creativa, humor y dignidad humana, fue declarado pura ilusión. «Visto objetivamente», en el cerebro y en el sistema nervioso sólo había una suma de procesos automáticos, electroquímicos, que con los correspondientes hilos conductores en la cabeza o mediante psicofármacos, se podían modular a voluntad.

Ese deprimente conjunto de ideas, literalmente dejado de la mano de Dios, era, pues, ahora, el mundo de los adultos. El adulto estaba orgulloso de su despiadado «amor a la verdad», y, muy en especial, estaba muy orgulloso de haber puesto por fin al descubierto esa engañifa de la Creación. La fórmula de desencantamiento incesantemente recitada rezaba: «Hoy sabemos que sólo se trata de...». Con ese «sólo» se podían declarar como hechos científicos las más estúpidas y más improbables hipótesis. Para nosotros, indígenas, siempre será un enigma ese ciego empeño en deshacer hechizos.

Pero hasta el más fanático misionero de la Ilustración científica, única salvadora, captó hasta cierto punto, oscuramente, que en un mundo con ese universo de ideas los niños no podían vivir, ni respirar, ni prosperar, que en ese desolado paisaje, su alma, pura y simplemente, moriría de hambre y de sed. Precisamente por eso se toleró que se creara nuestra reserva, en la que los pequeños salvajes se entregasen, al menos durante un par de años, a sus instintos animistas y antropomórficos, en la que se les permitiese imaginar una naturaleza poblada por seres maravillosos y misteriosos, por elfos, enanos y hadas: hasta el momento en que se les considerase suficientemente «maduros» para hacerles conocer todas esas representaciones que hoy se llaman «hechos objetivos». Entonces se les enseña a los pequeños salvajes que no hay ninguna «luna buena» (*) que «marcha a través de las nubes nocturnas», y ante cuyo «resplandor se siente que no se está solo», sino solamente un grumo cualquiera de escoria y polvo que, debido a determinadas leyes de la mecánica, queda detenido en su órbita. Tampoco hay un «querido sol» que «sonríe» desde el cielo al pequeño salvaje, sino sólo una bola de gases que mediante incesantes reacciones nucleares lanza, sin sentido ni razón, inconcebibles masas de energía a un espacio cósmico vacío.

Tampoco hay una «madre tierra», que nos «alimenta» a nosotros, sus «hijos», y con la que tenemos una deuda de «agradecimiento y respeto», sino un montón de sustancias químicas que se pueden explotar para todos los fines imaginables, con que sólo se disponga de la suficiente astucia. En resumen: al pequeño salvaje se le explica con la máxima claridad que todo lo que hasta

entonces le hacía ver el mundo como algo afín, como algo suyo, no era sino un burdo y amable embuste. No hay Niño Jesús, no hay cigüeña, ni conejito de pascua, ni ángel de la guarda ni enanitos. El pequeño salvaje se entera de que hasta entonces, durante todo el tiempo, se le ha tomado por un perfecto idiota, ni más ni menos. Tal fundamental abuso de confianza no se toma en serio por una sola razón: porque suele pasar inadvertido. Lo que queda es un inconsciente pero no por eso menos hondo desengaño. Y el convencimiento de que sólo puede ser verdad lo que sabe a desengaño. A partir de ese instante, el niño está, efectivamente, «maduro» para convertirse en habitante del desierto de la civilización.

«Y estaba completamente solo y entonces se sentó y empezó a llorar y todavía sigue sentado, y está completamente solo.»

Nosotros, indígenas, creemos en cambio que un mundo que no es habitable para los niños tampoco lo puede ser, en último término, para los adultos. El llamado adulto de hoy, a quien le han obturado el cerebro con un concepto de realidad mezquino hasta la ridiculez, considera todo lo maravilloso y misterioso como «irracional», como «fantástico» o «de evasión» o como quiera que recen todas esas expresiones degradantes. Sin embargo, en la literatura infantil, ese adulto concede, *nolens volens*, un cierto derecho a existir a todo lo que ve como inservible para él mismo. A veces lo prueba un poco a escondidas, cuando se hunde en la depresión a causa de ese mundo suyo tan perfectamente desencantado, pero eso sólo lo hace cuando nadie le ve. Si no, le daría vergüenza. Después, suele llamar a gritos, con más fuerza aún que antes, a los desencantadores.

Yo me pregunto muy en serio si una historia como la *Odisea* -suponiendo que aún no existiera y que fuese escrita por un Homero de hoy- podría hoy aparecer en letra impresa de otro modo que provisto de la etiqueta disculpadora «libro infantil». Pues ese libro rebosa de gigantes, reyes de los vientos, hadas hechiceras y otros personajes «no-realistas». Incluso el *Fausto* podría ser ofrecido hoy únicamente como fábula teatral, pues todo hombre de hoy, ilustrado por la ciencia, sabe que no existe el diablo y que por consiguiente tampoco se puede hacer un pacto con él.

¡Perdón! He olvidado que eso es poesía. Entonces no hace falta tomar las cosas tan en serio, ¿no? Todo tiene carácter simbólico. Claro. El desierto de la civilización está salvado. Pero tengo que volver una vez más al concepto de realidad. Personas de buena fe me aseguran que desde hace ya mucho tiempo en todos los frentes se está superando el materialismo puro y duro. Los indígenas, para ser sincero, no tenemos esa impresión. Al contrario. Como podemos inferir del famoso y celebrado libro *Más allá de la libertad y la dignidad*, del americano B. F. Skinner, investigador del comportamiento, la ciencia está ahora a punto de expulsar el antropomorfismo de sus últimos reductos, a saber, de la misma ciencia del hombre. El hombre, leemos allí, en realidad -o sea, visto objetivamente- no se parece al hombre. Precisamente aquello que pensábamos que era el auténtico ser del hombre, es decir, su libertad y su dignidad, eso no existe. Todo ello no era otra cosa que ingenua y acientífica superstición. Nosotros, los indígenas de la reserva, no nos extrañamos de que los jóvenes que se han criado en el desierto de la civilización y que tratan de vivir con tales «verdades» pongan bombas y disparen a voluntad sin el menor escrúpulo. Pues desde luego no tiene la menor importancia el que en el mundo haya unos sistemas más o menos de «reflejos condicionados». Y el hombre no es más que eso.

Nos gustaría saber cómo se puede fundamentar a partir de tales ideas el que el fuerte no tenga derecho a vivir, sin ningún tipo de miramientos, a costa del más débil. ¿No ha sido esa exactamente la manera como el hombre ha ido evolucionando hasta sus cimas actuales? ¿Por qué no va a seguir comportándose así? Nos gustaría saber por qué no se pueden realizar experimentos en los campos de concentración, con la llamada «vida que no merece vivir», experimentos que sin embargo son útiles a la ciencia y por tanto al progreso de la humanidad. Preguntamos por qué no va a poderse resolver el problema de la superpoblación arrojando algunas «limpias» bombas atómicas. Para lo cual, naturalmente, habría que determinar quién tiene que caer y quién no. Tal decisión se podría dejar tranquilamente a un gremio internacional de expertos que verdaderamente sean capaces de pensar de un modo «moralmente neutro».

¡De ninguna manera!, oigo gritar al unísono a los misioneros de la Ilustración científica, única salvadora. ¡Eso estaría en contra de toda ética, de toda moral, de toda humanidad!

¿Ética, moral, humanidad? ¿Puede saberse de dónde salen de pronto esos conceptos? ¿No acabamos de oír que son todos ellos valores subjetivos, es decir, ilusorios, que no existen objetivamente? ¿Qué se les ha perdido a esos valores en un pensar libre de valores? La reivindicación de ortodoxia de los espíritus ilustrados es general, inexorable y exclusiva. ¿Por qué entonces están horrorizados cuando alguien obra en monstruosa consecuencia con esas enseñanzas? ¿O es que al final son ellos quienes no van a tomar perfectamente en serio lo que ellos predicán?

Hay de todo: el profesor que durante la semana anuncia desde lo alto de su cátedra que la conciencia cognitiva humana no es otra cosa que la suma de los procesos electroquímicos del cerebro y del sistema nervioso, pero que el domingo va, como buen ciudadano y buen cristiano, a la iglesia, y escucha allí que el hombre tiene un alma inmortal. Consiguiendo creer lo uno y saber lo otro. Ya Newton realizó la misma habilidosa pirueta al señalar que no había que introducir las verdades científicas en la religión, pues ésta sería entonces heterodoxa, pero que por otra parte tampoco había que introducir las verdades religiosas en la ciencia, pues ésta sería entonces fantástica.

¡Los indígenas nos llenamos de asombro!

La esquizofrenia de tal actitud está tan a la orden del día en el desierto de la civilización que ya se la tiene por el estado normal del hombre sensato. Lo que allí se exige es, en la práctica, que el pensamiento del hombre sea una cosa, su comportamiento moral, otra. Vuelvo a lo mismo: ¿están mal de la cabeza?

Ellos han dividido violentamente el mundo en dos: uno «subjetivo» y otro «objetivo». Y no han notado que de ese modo han sido víctimas de una perfecta ficción. No quieren comprender que un mundo sin conciencia humana no puede existir, pues para pensar un mundo así, se necesita en cualquier caso una conciencia humana, o sea, la conciencia de quien quiere eliminar esa conciencia. Así han caído en un fatal círculo vicioso que ellos no perciben porque, cuando tienen presente una de las mitades, la otra desaparece siempre de su campo de visión y de su memoria. Ese círculo vicioso funciona de la siguiente manera: toda percepción de un objeto, dicen, es subjetiva, no hay colores, sonidos, sabores, todo es ilusión. Si se sigue preguntando: ¿cómo sabéis entonces que existís, pues de vuestra existencia tenéis que estar seguros cuando emitís tales juicios?, entonces responden: la percepción del sujeto es objetiva. ¿Está claro? Clarísimo.

Nosotros, ingenuos salvajes, pensamos en cambio que el mundo y la conciencia humana forman una unidad y que no es posible separar el uno de la otra. *Tat twam asi*, decían los antiguos sin dios, «Tú eres eso»; lo que percibes, eso eres tú.

Hay ya algunos científicos, pocos, que se han dado cuenta de cuán problemática es toda esa pretensión de objetividad. Heisenberg escribe en un artículo más o menos lo siguiente: si observamos la estructura del átomo, tal y como se nos presenta hoy, ¿qué es lo que percibimos? Solamente la estructura de nuestra propia conciencia.

Stanislaw Lem, el autor polaco de ciencia-ficción, ha escrito un libro divertidísimo sobre ese efecto-de-espejo. La novela se titula *La voz del Señor*. Un radiotelescopio -se cuenta allí- capta un día una serie de señales ordenadas, procedentes de algún lejano rincón del universo. Tras breve pausa, esas señales se repiten, una y otra vez, y siempre en el mismo orden. Se funda un enorme centro de investigación, mantenido en estricto secreto. Se consulta a las mayores eminencias de las más diversas especialidades. Al principio se piensa naturalmente en un mensaje de otras inteligencias, pero ¿cómo descifrarlas, puesto que cualquier método presupone que esas inteligencias tengan, de un modo u otro, una afinidad con nosotros? Se piensa entonces en una «información», como la que contienen los núcleos de las células. Pero entonces se dan cuenta de que así sólo se está trasponiendo un contenido de la propia conciencia a otra conciencia totalmente ajena. Los intentos de escapar a ese encadenamiento a la propia conciencia se vuelven cada vez más complicados y atrevidos, pero todos resultan inútiles.

A los indígenas sólo nos queda añadir: y lo que vale para el mensaje del universo, vale igualmente para cualquier tallito de hierba. Los hechos que vais a encontrar corresponden siempre a la manera como preguntéis por ellos. Por eso no aspiramos a las «verdades objetivas» sino a la sabiduría. Pues los misterios del mundo se abren sólo a quien está dispuesto a dejarse transformar por ellos.

Nosotros creemos que por eso necesitamos un nuevo género de ciencia, una ciencia que vuelva a fertilizar el desierto de la civilización, una ciencia que haga innecesaria nuestra reserva centroeuropea, que haga que los hombres vuelvan a sentir este mundo como algo suyo, que mida a los hombres con medidas humanas (las cuales, como sabemos por el Apocalipsis de San Juan, son también las de los ángeles, por la sencilla razón de que no hay otras), que no supere el intelectualismo mediante la «irracionalidad», sino reflexionando sobre él hasta sus últimas consecuencias, y que -finalmente-, mediante un pensar con más contenido real, o sea, más cercano a la vida, lo vuelva a introducir en el ámbito de la experiencia humana.

Hasta entonces, nosotros proseguiremos a nuestra manera el combate. Nuestra religión se llama poesía. Creemos que la poesía es para los hombres una necesidad vital elemental, a veces más vital que el beber y el comer. En nuestra reserva hay quien piensa que la verdadera ciencia y nuestra poesía vendrán a ser, en definitiva, una misma cosa. Esperemos tranquilamente a que llegue ese momento. La poesía es la capacidad creativa que tiene el hombre de vivirse y de reconocerse a sí mismo una y otra vez en el mundo y al mundo en sí mismo. Por eso toda poesía es, en su esencia, «antropomórfica», o dejará de ser poesía. Y justamente por ese motivo, toda poesía tiene afinidad con lo infantil.

Al decir esto no nos referimos únicamente a poesías y libros, sino a formas de vida y explicaciones del mundo accesibles a la experiencia, a la vida. Hay en nuestra tribu una vieja profecía que dice

que un día los llamados adultos serán lo suficientemente adultos como para dejarse decir por la poesía lo que es y lo que no es verdad. Entonces habrá también una ciencia de una naturaleza totalmente distinta, una ciencia que no sólo encuentre verdades con las que los hombres puedan vivir sino que les ponga al descubierto su verdadero ser humano. Esa profecía es de un miembro de nuestra tribu que vivió hace mucho tiempo y que tenía el nombre de Novalis. Dice así:

*Quando cifras y figuras
ya no sean clave de todas las criaturas,
cuando quienes cantan y besan
sepan más que los hombres de honda ciencia,
cuando el mundo regrese al mundo
y a la vida en libertad,
cuando se unan luz y sombra
en verdadera claridad,
y en cuentos y poesías se descubran
las verdaderas historias del mundo,
entonces, ante una palabra secreta
volando se irá todo el ser alterado.*